

disilà...  
...là

Françoise d'Eaubonne

## El sexocidio de las brujas

Traducción y postfacio  
Meritxell Martínez

Título original:  
*Le sexocide des sorcières*

© de la edición francesa: L'Esprit Frappeur, 1999  
© de la presente edición: *incorpore*, 2019  
© de la traducción y del postfacio: Meritxell Martínez

Corrección: Andrea Abellán  
Maquetación: Albert Coma  
Portada: las melas

[incorpore@incorpore.org](mailto:incorpore@incorpore.org)  
[www.incorpore.org](http://www.incorpore.org)

Impresión: QP Print

Depósito legal: B 23275-2019  
ISBN: 978-84-120147-1-6

  
incorpore

## **INTRODUCCIÓN**

*Si difiero de ti, lejos de menoscabarte, te engrandezco.*

Antoine de Saint-Exupéry

En noviembre de 1998, una decena de personalidades feministas firmaron una petición<sup>1</sup> que había escrito y que luego envié al Vaticano para pedirle a Juan Pablo II, en pleno proceso de reconocimiento de los crímenes cometidos a las diferentes categorías de víctimas de la Iglesia, que pidiera perdón por los dos siglos de sexocidio que, desde entonces, se han denominado (de manera reductora) «caza de brujas».

Como estaba haciendo circular la iniciativa en los entornos universitarios y entre mujeres implicadas en movimientos o corrientes de pensamiento próximos al antisexismo, se la envié a Geneviève Fraisse, en aquella época delegada interministerial por los derechos de las mujeres en Francia, quien se negó a firmarla escudándose en estas palabras:

«La acusación de brujería pudo servir a algunas personas como pretexto para justificar su misoginia y confinar a las mujeres en la esfera privada. [...] La voluntad de asesinar a las mujeres brujas a causa de su sexo y no de su actividad es, en efecto, una distinción difícil de establecer».

Rehusando emplear la palabra *sexocidio*, Geneviève Fraisse desestimaba firmar la petición.

Pese a los preámbulos de su texto, explicitados con todo lujo de detalles, reconocía que «algunas personas» habían

---

<sup>1</sup> El texto de esta carta se encuentra al final del libro, así como la lista de las primeras personas que la firmaron.

participado en la «caza de brujas». De este modo, minimizaba el amplio consenso y la vasta organización que había llevado a cabo una exterminación masiva, reducía el objetivo de esta masacre a una empresa que (en el peor de los casos) habría pretendido eliminar a las mujeres de una profesión médica que la Iglesia ya les había prohibido practicar —así como a los hombres casados, por haber «tocado a la mujer» (*sic*)—.

No es la primera vez, observé en mi respuesta, que las mujeres con cargos oficiales y a priori feministas desestiman las reivindicaciones de las mujeres corrientes, siguiendo el conformismo de lo «políticamente correcto»; aun a riesgo de sentirse sobrepasadas después por la evolución del acontecimiento. Sin remontar hasta Françoise Giroud y su ministerio-cachivache (que nunca proporcionó otra clase de respuesta a las preguntas recibidas), me gustaría mencionar la petición que mandé hace unos doce años a un alto cargo del Elíseo: necesitábamos obtener el asilo político para mujeres que habían huido de sus países de origen, amenazadas de muerte por haber rechazado la opresión sexual que sufrían (matrimonio forzado, secuestro, peligro de mutilación sexual, etc.). Me respondieron que solo un asunto político podía justificar el asilo (como si la opresión y la agresión física de un ser humano por su pertenencia a una categoría no lo fueran).

En cambio, hace cinco años, siendo secretaria general de la asociación SOS Sexisme, pude obtener el derecho de asilo para una mujer de Arabia Saudita condenada a muerte por adulterio, gracias a una solicitud... que transmití al primer ministro canadiense.

La Francia de hoy parece seguir los pasos de su hermana pequeña de América, pues hace poco he tenido la oportunidad de oír que se iba a aplicar la misma medida para diversos casos que no han sido noticia en ningún periódico. No olvido, sin embargo, que en 1995 se prestó una gran ayuda a las mujeres de la resistencia iraní, refugiadas en Francia, sobre todo a raíz del heroico suicidio de Homa Darabi.<sup>2</sup>

Esta carta al Papa, difundida en internet, suscitó aprobaciones, pero también una reacción particularmente pérfida de otra feminista considerada pionera, Lilian Kandel, que me acusaba de «aparentar» (*sic*) ignorar que las disculpas presentadas a los judíos por el Vaticano, punto de partida de mi petición,<sup>3</sup> ¡no estaban motivadas más que por el genocidio

---

2 A lo largo del libro, volveré sobre este caso representativo de la actual ginofobia (u odio a las mujeres) integrista.

3 En marzo de 1998, el Papa Juan Pablo II pidió perdón a los judíos en nombre de las personas «que les habían causado sufrimiento», posicionándose por primera vez ante el genocidio del pueblo judío. Ocho meses después, Françoise d'Eaubonne escribía y difundía su petición. Partiendo de la iniciativa papal y de la definición de la palabra *genocidio*, quería que la Iglesia se arrepintiera públicamente por su implicación en la matanza masiva de mujeres durante la Edad Media, es decir, por el sexocidio perpetrado con su complicidad.

No está de más recordar aquí el artículo II de la *Convención para la prevención y la sanción del delito de genocidio* (1948): «se entiende por genocidio cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso, como tal: a) matanza de miembros del grupo; b) lesión grave a la integridad física o mental de los miembros del grupo; c) sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial; d) medidas destinadas a impedir los nacimientos en el seno del grupo; e) traslado por fuerza de niños del grupo a otro grupo».

nazi! Como si semejante evidencia tuviera cabida en un texto que apunta a fines bien distintos.

Pero esto no es lo más importante. Una vez esquivados los comentarios y las reacciones provocados por semejante petición y, sobre todo, ante la —sincera o fingida— incomprensión de una Geneviève Fraisse que ejemplariza la resistencia oficial ante las verdades históricas recién salidas a la luz, me pareció justo desarrollar mi réplica siguiendo el rastro de una cuestión que aún no ha sido resuelta: la ginofobia universal y el deseo de matar al Otro. Esta es la razón por la que he escrito el presente libro. Deseo, si no es demasiado pretencioso, que ayude a introducir la palabra ‘*sexocidio*’ en la lengua, al igual que conseguí introducir, en 1971, el término ‘*phallocrate*’ (*falócrata*) en la lengua francesa.

## PRIMERA PARTE

### Una vieja historia

---

Un grupo «*nacional, étnico, racial o religioso*». Las mujeres, víctimas durante siglos de la persecución y de la masacre masiva por el mero hecho de ser mujeres (y no brujas, como se ha pretendido a lo largo de la historia), víctimas de todos los actos mencionados en la *Convención para la prevención y la sanción del delito de genocidio*, no están incluidas en la definición de *genocidio*. Por eso la autora propone acuñar un nuevo término: *sexocidio*. (N. de la T.)

## I. COSAS QUE HAY QUE RECORDAR

El poeta indio Rabindranath Tagore declaró: «Occidente ha planteado grandes cuestiones para las que no ha sido capaz de hallar respuesta, como el conflicto entre sexos».

Al menos la ha planteado.

Conviene señalar que esta cita es uno de los pocos homenajes de Oriente a Occidente que no aluden al progreso técnico, sino (¿al contrario?) a una forma de pensamiento que representa un logro positivo. Viniendo de una cultura que, además, fascina a la nuestra, ese elogio merece ser recordado. Incluso con el reparo: «no ha sido capaz de hallar respuesta».

Oriente, modelado por un dualismo que en ocasiones roza el maniqueísmo, nunca se ha planteado este tipo de interrogaciones.<sup>4</sup> Desde hace miles de años, sus valores trascendentales remiten a lo masculino cuya feminidad, atributo y accesorio, solo sirve para reflejar la luz que emite, como la Luna sirve de espejo móvil al Sol. Las grandes divinidades femeninas no son más que las matrices de un universo regido por los dioses, los vigorosos flancos de donde brotan las constelaciones de la Vida. Los inmensos orificios de sus templos que, en algunas regiones, simbolizan

---

<sup>4</sup> Salvo esta paradoja: el pensamiento científico. Frente a un Occidente congelado durante milenios en la oposición sujeto-objeto y en los mínimos indivisibles, los filósofos más lejanos encontraron verdades (que nuestra «nueva física» descubre justo ahora) en ese mismo Oriente contradictorio.

claramente la cavidad vaginal y el clítoris no deben dar lugar a engaños sobre el universalismo fálico del culto.

Para admitir o discutir un *conflicto*, ¿es necesario contar con la presencia de dos principios opuestos? El único sexocidio, modesto, de la viuda hindú que se arroja a la pira funeraria de su marido no puede equipararse a la quema de brujas medieval ni al horno crematorio del «hombre afeminado»... Ningún recuerdo mitológico de las culturas hindúes o chinas, tan fecundas en combates entre humanos, dioses, gigantes y dragones, acusa la huella de un combate entre sexos o de un peligro surgido de lo femenino para envilecer o destruir al «sexo primero». No existe nada comparable al concepto metafísico, subyacente en el mito de Pandora o la manzana de Eva, que haya instaurado tan remotamente la ginofobia que engendró las primeras fantasías de sexocidio.<sup>5</sup> Y sin embargo, la misoginia impregna la enseñanza y el folklore, rige la legislación; pero no es más que un ámbito de la esfera privada, de donde derivan la moral y la sátira.

Occidente se ha estructurado históricamente, en toda su tradición cultural, a partir de la Cuenca del Mediterráneo. Si bien Oriente Medio veteó muy pronto el mármol griego con sus tornasoladas infiltraciones, la grieta del cristianismo desvió esta vía ancestral hacia el patriarcado y no hacia el orden tribal «del harén y de los primos»; el conflicto entre el primer y el segundo sexo siguió durante siglos la evolución esbozada y augurada por las fantasmagorías de las leyendas griega y judeocristiana.

---

5 Para rastrear la pista del conflicto, es necesario retroceder hasta tiempos remotos. Hasta los sumerios y los acadios (siglos VI-II a. C.), como veremos.

El esplendor mediterráneo, ese fenómeno único que es la inteligencia helena, tan eficiente en lo simbólico como en lo racional, llegó a formular incluso, mediante el mito de las amazonas —mito elaborado a partir de fragmentos reales, es decir, de acontecimientos inscritos en el curso de la historia— y la comedia de Aristófanes, *Lisístrata*, una suerte de política-ficción sobre la inversión de las fantasías masculinas que situaba el sexocidio en el terreno de los interesados. Inversión de un sueño todavía mal formulado, pero perfectamente visible en la ginofobia de la Antigüedad. Para temer hasta tal punto a las «devoradoras de carne humana», como las llamaban, o atribuir el crimen supremo del parricidio a las mujeres de Lemnos (y no a los hijos freudianos sublevados!), era preciso que, desde tiempos primitivos, los griegos tuvieran conciencia de lo muy mortífero que era su propio sexismo.

### **El antiguo sueño ateniense**

Uno de los primeros mitos de la democracia ateniense es el de la ciudad de los hombres, donde la mujer está totalmente ausente, y donde lo femenino es asumido por el efebo, el erómeno. «¿Por qué Zeus nos obliga a pasar por las mujeres para tener hijos?», gime un poeta de obra desvanecida. «¿Por qué no se contenta Dios con una ofrenda en su altar que obtendría el mismo resultado?».

Este lamento, considerado durante mucho tiempo como la ocurrencia de un autor casado con una mujer difícil, es, muy al contrario, la expresión de un afán colectivo arraigado en la sensibilidad de la polis.

¿Qué necesidad se tiene de las mujeres cuando se dispone de un esclavo que hace las tareas domésticas y de un



adolescente deseable para la pedicación? ¿Qué necesidad si no la reproducción de los varones?

El filósofo Louis Dugas señala a propósito de la familia griega previa a Jenofonte: «Existe una indiferencia absoluta entre los esposos; el matrimonio no parece haber sido considerado nunca por los antiguos como una condición de felicidad privada [...] inspirada por el amor, ni siquiera reducido a la atracción física».<sup>6</sup> Este fragmento es más revelador de la cultura de aquella época que los casos, constantemente citados, de algunas grandes cortesanas que inspiraron a hombres políticos como Alcibíades, o a filósofos como Sócrates, alumno de Diotima de Mantinea.

Se ha achacado esta negación, e incluso aniquilación de la mujer, a la homosexualidad griega. El profesor Robert Flacelière,<sup>7</sup> asombrado por la lectura de Plutarco, se pregunta si, al contrario, no fue la alergia a la mujer concebida como un ser humano de pleno derecho, lo que motivó la preferencia homosexual.

El mito de Narciso, fallecido por encomendarse al amor de su propia belleza, puede contemplarse como el símbolo del fin del esplendor de la sociedad helena por no haber podido abrirse a la alteridad, en la embriaguez de un *logos* pensado, sentido y escrito estrictamente en masculino.

Habrá quien objete que misoginia no es ginofobia y que el rechazo de la mujer, es decir, la preferencia casi institucionalizada por los jóvenes, no guarda relación directa con las fantasías de sexocidio. Sin detenernos en el tono tiránico

---

6 Louis Dugas, *L'Amitié antique*, Alcan, París, reedición de 1914.

7 Robert Flacelière, *La vie quotidienne en Grèce au temps de Périclès*, Hachette, París, 1959.

de Creonte proclamando ante Antígona, en la tragedia de Sófocles, que si una mujer osa alzarse «hay que aplastarla», evocaremos al poeta Hesíodo que carga contra el segundo sexo con la misma rabia que los futuros Padres de la Iglesia, declarando, diez siglos antes que el teólogo Orígenes, que la mujer es «una terrible plaga instalada en medio de los hombres mortales»; y ello... ¿como castigo por el pecado original! (Pero aquí se trata de la captura del fuego por Prometeo. Siempre la misma culpabilización del hombre que accede a un secreto de los dioses.) ¿Acaso no es el ejemplo más convincente de ello la muerte de la amazona abatida por Aquiles, alentado por el entusiasmo de los hoplitas: «¡Enséñale a comportarse como una mujer!», o sea, a conformarse con la nada de su condición, esa nada que la rebelde solo aceptará en la muerte?

Según algunos estudiosos, este ensañamiento de los antiguos, el mismo durante siglos y en países muy distintos, remite al grito de Búdica, la reina celta violada por la soldadesca de Nerón: «No hay nada más ultrajado que una reina abatida». Defienden en la hipótesis de un terror que engendra ferocidad, las raíces del cual se hunden en el recuerdo de un reino matriarcal. «¿Por qué no se conformaron sencillamente con subordinar a las mujeres?», se asombra Wolfgang Lederer.<sup>8</sup> No debatiremos aquí esta cuestión porque sobrepasa ampliamente nuestro propósito.<sup>9</sup>

Lo importante es esa voluntad falocrática que busca, con obstinación, preservarse de una categoría, reducida desde

---

8 Lederer Wolfgang, *Gynophobia ou la peur des femmes*, París, Payot, 1970.

9 La he abordado, no obstante, en Françoise d'Eaubonne, *Les femmes avant le patriarcat*, París, Payot, 1975.

hace tiempo a la impotencia; una voluntad que culmina en el sueño de la desaparición general del Otro, pese a la absoluta imposibilidad de semejante sueño.

### Lo Mismo y lo Otro<sup>10</sup>

«No es fortuito que la gran civilización de la homosexualidad, Grecia, fuera también la del culto a lo Mismo y, sobre todo, al logos».<sup>11</sup>

Cabe atreverse a inventar este neologismo: *falogos*.

La ocultación de la cincuentena de mujeres filósofas de la Antigüedad grecorromana, descubiertas hace poco —en ocasiones grandes nombres como Hipatia—,<sup>12</sup> no debe atribuirse al hecho de que la lejanía temporal borra las glorias del pasado. Este fenómeno se constata en muchos

---

10 Desde la Antigüedad, los discursos generados por las sociedades se han estructurado siguiendo los parámetros de la alteridad y la dualidad: lo Mismo (lo idéntico a sí mismo) y lo Otro (lo diferente a sí mismo). Los términos que componen esta estructura dual suelen mantener una relación de reciprocidad, salvo en el caso del hombre y de la mujer: «Él es el Sujeto, él es lo Absoluto; ella es lo Otro», escribe Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* (tomo I, *Le Deuxième Sexe*, Gallimard, París, 1949, p. 17). La relación entre los sexos se constituye desde esta dicotomía identidad/alteridad, estableciendo una jerarquía entre ambos términos: el hombre-mismo es superior, es el «sexo», mientras la mujer-otra no es sólo el «otro sexo», sino también y sobre todo el «segundo sexo». Uno de los grandes retos del combate feminista es, no solamente conseguir dicha reciprocidad, sino que la mujer y lo femenino ya no sean considerados como «lo otro», ya no sean vistos como la inquietante, pérfida y eterna alteridad. (*N. de la T.*)

11 Stephen Zagdanski, *Le Sexe de Proust*, Gallimard, París, 1994.

12 Régine Pietra, *Les Femmes philosophes de l'Antiquité grecoromaine*, L'Harmattan, París, 1997.

otros ámbitos y corresponde, en un pasado menos lejano, a la intención patriarcal de aniquilación de la mujer, y de lo femenino. Tachar nombres relevantes es el acto simbólico del asesinato, tal como hacían los egipcios martilleando las inscripciones donde había nombres reprobados, como, por ejemplo, Atón el monoteísta. Y también la Iglesia, que mataba dos veces a su víctima, quemando las actas del juicio del homosexual quemado, en virtud del *pecado mudo*.

No obstante, el sexo vencedor no puede suprimir la totalidad de lo Otro, es decir, de lo que es diferente, de lo femenino, indispensable para la reproducción de lo Mismo. Este sueño de aniquilación de lo Otro ha alentado a numerosos fanáticos, como a aquellos terroristas de extrema derecha contrarios a la independencia de Argelia (Organización del Ejército Secreto), que proclamaban la exterminación de «esos sucios árabes», a lo que Sartre respondía con estas acertadas palabras: «¡Es literatura!».<sup>13</sup>

No sabemos si la literatura exterminadora de la Antigüedad reservada al segundo sexo guió la leyenda de la derrota de las amazonas que se seguía celebrando en Grecia mil años después de su supuesta fecha. Lo que sí sabemos es que inspiró el gran cuadro de Rubens expuesto en el Museo de Chantilly, donde la masacre a orillas del Termodonte sugirió este verso a José María Heredia: «El río en sus dos orillas cubierto de guerreros».<sup>14</sup>

La amazona Penthesilea abatida por Aquiles simboliza el asesinato personal de la mujer que no sabe «comportarse como

---

13 Jean-Paul Sartre, *Les Temps modernes*, 1961.

14 José María de Heredia, *Les Trophées*, « Le Thermodont », Lemerre, París, 1893.

una mujer», y la derrota del Termodonte la exterminación soñada del peligro que representa lo Otro para lo Mismo. Puede que nunca sepamos, pese a los avances de los estudios históricos sobre la tradición de las Amazonas,<sup>15</sup> cuánta historicidad le corresponde al mito y, por tanto, a estos dos casos; pero lo esencial es que ambos contienen una indudable manifestación de las fantasías de sexocidio.

En los años sesenta, un profesor alemán señaló que la leyenda de las Amazonas ¡solo ponía de manifiesto las fantasías del masoquismo masculino! Se puede soñar con la inversión de valores que se permiten los falócratas más ingenuos. El *Her Doktor*-intérprete convierte una matanza masiva heroicamente capitaneada por Teseo o Heracles —es uno de sus doce trabajos— en una manifestación, no de sadismo, sino de masoquismo, pues ¡la peor condena que puede infligirse al «sexo primero» es la rebelión armada, incluso vencida, de lo femenino!

Llegados a este punto, podemos citar la famosa «guerra de chicas» que, en el siglo VIII, ensangrentó Bohemia y acabó con la instauración de la breve dinastía Premislida, aunque el significado de este conflicto fuera un poco distinto. No se trataba más que de una lucha por el trono entre dos candidatos de sexo diferente; el aspecto novedoso del combate fue que las mujeres se unieron masivamente a la candidata y los hombres al príncipe Přemysl. Tras la derrota, las mujeres sufrieron un innegable retroceso en sus condiciones de vida, hasta entonces más o menos protegidas de la opresión por una tradición de superstición mágica, de origen rural. A pesar de ello, esta

---

15 Geneviève Pastre: *Du mythe à l'histoire*, « Les Octaviennes », París, 1996.

derrota no puede ser considerada como el sexocidio soñado por los seguidores de Přemysl. Es solo un acontecimiento, casi anecdótico, que ilustra la larga lucha de sexos desencadenada tras la pérdida de un mundo que no era «matriarcal», sino que le reservaba a la mujer un trono no arriba sino en el centro de la sociedad.

¡*Eie d'an pan!* «Todo es posible», dice Heródoto.

Françoise Gange ha dedicado un libro, extremadamente erudito, a la sustitución de la Gran Diosa por los dioses masculinos del patriarcado: *Les Dieux menteurs*.<sup>16</sup> Ha estudiado con especial atención el vínculo directo que existe entre la mitología sumeria y la cultura griega. En su análisis, destaca el pasaje del asesinato de la antigua divinidad femenina que es obligada a casarse con el joven vencedor. A través de un relato legendario —la *Epopéya de Gilgamesh*—, la actualización de la toma del poder deja entrever el deseo de muerte:

¡La mujer así maltratada fue convertida en cadáver,  
Y el cadáver fue colgado de un clavo!<sup>17</sup>

La continuación del mito designa, vaticinando la evolución de la sociedad, la instauración del matrimonio que subordina a la Diosa («Tú serás el señor y yo la dama. No me mates, hermano mío».)<sup>18</sup> como una transformación más ajustada a la necesidad de procreación y al deseo primordial de muerte de lo femenino.

---

16 Françoise Gange: *Les Dieux menteurs*, Éditions Indigo, París, 1998.

17 Jean Bottéro y Samuel Noah Kramer: *Lorsque les dieux faisaient l'homme*, Gallimard, París, 1989. Citado por Françoise Gange.

18 Françoise Gange: *Les Dieux menteurs*, *op. cit.* El subrayado es mío.